

Relaciones, prácticas y tránsitos cotidianos en un parque público urbano¹

Martha Cecilia Cedeño Pérez
*Doctorado en Antropología del Espacio
y el Territorio*
Universidad de Barcelona

1. Introducción

El acercamiento a cualquier espacio público de características urbanas se puede determinar, entre otros aspectos, en función de las relaciones socio-espaciales de los usuarios y usuarias, a sus diversas prácticas e interacciones, cuyo soporte teórico se encuentra en los planteamientos en torno a la ciudad y su espacio público como el lugar de las prácticas, de las acciones, donde lo urbano alcanza el paroxismo.

Así, en este estudio sobre un parque público barcelonés, se recurrió entre otras, a las elaboraciones de Simmel en *El individuo y la libertad* (1998); a algunos ensayos de Park (1999) y Wirth (1988); a E. Goffman y sus trabajos de microsociología *Relaciones en público* (1979) y la *Presentación de la persona en la vida cotidiana* (1959); y también a Lefebvre (1981), Certeau (1996), Joseph (1999), Augoyard (1979), L. Lofland (1985), Delgado (1999), en donde se percibe una aproximación al carácter heterogéneo de la ciudad y su vida urbana, que apunta hacia una antropología dispuesta al estudio de objetos

dinámicos inmersos en un constante proceso de hacerse y des-hacerse, cuyo campo más fructífero son los espacios públicos.

Desde esa mirada teórica debe entenderse esta comunicación, que consta de dos partes fundamentales. La primera, es una reflexión metodológica en torno al instrumento empleado en el trabajo de campo, la observación, donde se hace énfasis en la experiencia personal de la investigadora para señalar a *grosso modo*, la difícil relación mujer-espacio público. La segunda, es el resumen de los resultados de la investigación en sí; allí se perfilan los distintos sentidos del parque que le convierten en muchas cosas a la vez: lugar de tránsito, de encuentro, de miedo, de recreación, aspectos que, sin embargo, no agotan sus significados desde otras miradas.

2. Estrategias de trabajo: la observación de la vida cotidiana en un espacio público urbano

En algunas oportunidades, el enfoque clásico de la observación como instrumento esencial en el trabajo de campo antropológico,

¹ Esta comunicación es una síntesis de la tesina de investigación desarrollada en el marco del segundo año de doctorado en Antropología del Espacio y el Territorio, de la Universidad de Barcelona, sobre usos y prácticas sociales en el parque metropolitano Les Planes de la ciudad de L'Hospitalet de Llobregat, Barcelona, titulada "El transeúnte del Parque. Aproximación a la vida cotidiana en un espacio público urbano". Ha sido presentada en el IX Congreso de Antropología FAAEE, Instituto Catalán de Antropología, Barcelona, 2002.

debe adaptarse a nuevas circunstancias y a temáticas menos convencionales, como sucede con el estudio de los espacios públicos cuyo carácter inestable exige encontrar otras estrategias para facilitar su comprensión. Lo anterior plantea un problema metodológico relacionado con la manera en que se abordan tópicos de la vida urbana caracterizada por el movimiento incesante, por el incontrolable flujo de seres extraños entre sí, expuestos a relaciones efímeras, que, de partida, hace inviable el uso de la observación en el sentido convencional ¿Cómo captar, entonces, la fugacidad del momento, la multiplicidad de estímulos que se producen y estallan en la calle? Arantes (1995:152), tiene una posible respuesta:

...aceptando el riesgo de distanciarme de los procedimientos de investigación convencionales, experimento cada encuentro en las calles como una situación única, evasiva. Ese hecho, que por sí solo diferencia radicalmente estas observaciones de aquellas realizadas en contextos sociales más estables, obliga que se adopten procedimientos de investigación que incluyan la incertidumbre en cuanto a la posibilidad de un reencuentro, de volver a tener una segunda oportunidad o de establecer con aquellos cuyas prácticas deseo conocer, una relación intersubjetiva de confianza, más duradera. La perturbadora temporalidad del objeto no me deja otra alternativa sino recurrir a conversaciones fragmentadas y a la observación a distancia.

Teniendo en cuenta los aspectos anteriores, en el caso de esta investigación se hizo necesaria la búsqueda de instrumentos que permitiesen la recolección de los datos sin perder los hilos de *lo urbano*, como campo de configuraciones sociales precarias, poco o nada solidificadas y sometidas a oscilación constante; para ello se utilizó la observación simple que dilucida Webb y otros (2000), en el libro *Inobstrusive measures*, es decir, como observadora oculta no obstrusiva, y su equivalente, la observación

encubierta naturalista según L. y J. Lofland (1971) expuesta en *A guide to qualitative observation and analysis*. En ambos trabajos se coincide en que el uso de este tipo de observación es pertinente cuando se enfoca en situaciones en las cuales el observador/a no tiene control sobre el comportamiento o los signos en cuestión y juega un rol de inobservado, pasivo, al no intervenir para nada en la producción del material en estudio.

Este mecanismo elimina gran parte de los problemas de reactividad en la medida en que los individuos no se percatan de que se les observa, de ahí la posibilidad de estudiar fenómenos urbanos con la suficiente seguridad de que las personas inmersas en ellos, no van a variar sus comportamientos en un sentido u otro, como suele ocurrir cuando los individuos se saben observados. Además es pertinente en los trabajos sobre espacios públicos pues permite el ocultamiento del investigador/a, el pasar desapercibido para ubicarse en el mismo nivel de los demás ya sea como simple transeúnte o como ocupante transitorio de ciertos lugares y recorridos; aunque también implica que quien observa, debe desplazarse continuamente para no parecer “fuera de lugar”, para no dar impresiones equívocas pues su permanencia en un mismo sitio se prestaría para malos entendidos que obstruirían el desarrollo normal del trabajo de campo, máxime si quien lo realiza es una mujer.

Unida a la observación simple o encubierta en el sentido expuesto arriba, se empleó también la esbozada por Colette Petonnet (1982) en su trabajo *L'observation flottante. L'exemple d'un cimetière parisien* en donde se perfila una forma de observación más cercana a la naturaleza inestable de lo público, y que también de algún modo ha sido empleado por A. Arantes (1997) en *La guerra de los lugares: fronteras simbólicas y umbrales en el espacio público*.

En síntesis, la observación flotante consiste en mantener en cualquier circunstancia la atención vacante y disponible sin fijarla en un objeto preciso, sino dejándola abierta para que las informaciones la penetren sin filtros, con el fin de percibir con mayor claridad las convergencias, las apariciones, los distintos repertorios y sus reglas subyacentes. Es, si se quiere, una forma de captar la polifonía del entorno, la multiplicidad de estímulos que surgen de manera inusitada y efímera ante los ojos del observador/a, que debe plasmarlos como ocurren en la realidad.

2.1 Camuflajes, disimulos y máscaras en el trabajo de campo: una mujer observa el parque

Las observaciones en el parque Les Planes, se llevaron a cabo durante el final del invierno, toda la primavera y comienzo del verano del 2001, en distintas horas del día y la noche. Durante ese lapso, además de percibir algunos movimientos de la vida cotidiana también se vivió en carne propia las implicaciones de ser mujer en un espacio público, es decir, las dificultades que tenemos las mujeres y otros seres para transitar por cualquier lugar con libertad, para ejercer el derecho de pasar desapercibidas; por ello me parece conveniente trazar un bosquejo sobre la experiencia personal alrededor de este fenómeno social.

En primer lugar, las dificultades propias que se presentan a la hora de indagar sobre cualquier espacio público relacionadas con la necesidad del investigador/a de estar en constante movimiento y de lograr mimetizarse con el entorno para no parecer fuera de contexto ni despertar sospechas, se acentúan en el caso de que quien observa sea mujer y extranjera. Paradójicamente, en esos escenarios urbanos en apariencia igualitarios y

abiertos, máxima expresión de libertad según algunos, es donde más se experimentan los límites para el tránsito femenino con amplitud; es como si aún a las mujeres se nos negara la posibilidad de recorrer la calle, el parque, o cualquier otro lugar público sin que ello sea motivo de especulaciones o atenciones indeseadas, lo cual refleja ese “marcaje espacial” que condiciona no sólo sus recorridos sino también, como lo señala Delgado (2001:7), el tipo de relaciones que allí se traducen en

un escamoteo del derecho a disfrutar de las ventajas del anonimato y la individuación que deberían presidir las relaciones entre desconocidos en espacios públicos. Para las mujeres sin discusión, el disimulo, las verdades a medias, las renegociaciones y retiradas a tiempo – condiciones previas consustanciales a los encuentros efímeros- son mucho más difíciles, arriesgados y comprometidos que para los hombres...

Esos elementos señalan el carácter patriarcal del espacio público y se convierten en factores que obstaculizan no sólo los tránsitos femeninos cotidianos sino también aquellos que tienen por objeto el estudio específico de cualquier fenómeno urbano, porque quiérase o no, aún existen condicionantes para salir “a la calle” con holgura. Parece que todavía supeditamos nuestras salidas y recorridos no sólo a las circunstancias espacio-temporales sino también a otras relacionadas con la compañía y con las actividades demarcadas por el medio social.

Por ello, en la recolección de los datos de campo para este trabajo, fue necesario recurrir a camuflajes específicos que permitieran cierta mimesis con el entorno, cierto nivel de anonimato, y, todos ellos,

tienen algo en común: el hecho de ir siempre acompañada, de no estar en actitud de transeúnte a la deriva. Pero también esos roles asumidos no se salen de los cánones del *deber ser* de la mujer, de su vida cotidiana; así que la madre que pasea a su hija en el cochecito o que camina con su familia, o la deportista que corre por las mañanas con una amiga o la enamorada que pasea con su hombre, no

ni el libro que simulaba leer mientras observaba desde un banco, fueron suficientes para dar la “impresión” de no estar haciendo algo extraño o fuera de lo común; la hora “inusual” de una visita femenina y sin compañía se presta para muchas sugerencias máxime cuando se está en un espacio público de dominio aparentemente masculino.

Las maneras de hacer que se desarrollan en el parque y que indican sus múltiples usos están determinadas por el carácter de elementos como el tiempo (cronológico y climático), los participantes (actores) y por las opciones que brinda el parque en sí (el escenario y su decorado).

despiertan sospechas infundadas y no ponen en duda su reputación. Lo anterior implica, como lo plantea Teresa del Valle (1996:12), que las mujeres podemos

estar en el espacio exterior sin que ello suponga estar en el público, dado que las referencias que utilizan en los primeros, las relacionan principalmente con los espacios interiores que van en apoyo de los roles tradicionales, mientras que su incorporación en los públicos, exige no solamente el estar, sino el trabajar para crear referencias conocidas y estables...

En últimas, las fachadas personales seleccionadas para transitar “libremente” por el parque, representan ciertos roles sociales que son la prolongación de la vida femenina en su espacio cotidiano, en el hogar. Desde esa perspectiva se entienden las alteraciones provocadas en mis tránsitos solitaria durante la mañana o en las últimas horas de la tarde. Ni la libreta de apuntes

Lo anterior plantea también la falacia en torno al criterio democrático y abierto de los espacios públicos en donde supuestamente todo el mundo tiene acceso en igualdad de condiciones, puesto que por una parte se niega a las mujeres la posibilidad de disfrutar libremente de la calle, negación que se traduce en atenciones indeseadas, en los disimulos y máscaras a las que se debe recurrir para no parecer “una buscona” o cualquier otra cosa, en los sutiles límites espacio-temporales impuestos por la dicotomía seguro/inseguro que encierra connotaciones relacionadas con lo público/privado, casa/calle, adentro/afuera, etc., perpetuadas y asumidas a través de los procesos de socialización femeninos.

A ese respecto Teresa del Valle (1997) en *Andamios para una nueva Ciudad* desarrolla una reflexión interesante sobre los espacios que nos negamos por ese miedo latente que experimentamos en los lugares solitarios y en el espacio/tiempo

de la noche, y cómo esa misma situación se transmite a la generación siguiente. Para ello retoma las palabras de Mariasun Landa cuando afirma

(...) creo que me cuesta ser consciente de los espacios que me niego. Lo tengo tan asimilado- por ejemplo pasear la playa de noche sola- que me resulta difícil mencionarlo aquí (...) las mujeres deberíamos tener la libertad de movimiento que los hombres secularmente han tenido, la libertad de moverse y perderse por las calles me refiero. Me parece que en muchos casos, esta limitación está incrustada en nuestro 'estar en la vida'...

Es decir, el espacio público urbano, lugar idealizado de libertad, niega el derecho de admisión sin reservas a “los ciudadanos inferiorizados, los ciudadanos ‘a medias’- las mujeres, los ancianos, los niños, los jóvenes, los disidentes, los pobres, los extranjeros ‘legales’-, (quienes) sólo la podrán usar igualmente ‘a medias’ ” (Delgado, 2001:24).

Las circunstancias expuestas aquí en torno a ciertos condicionantes que marcaron el desarrollo del trabajo de campo y específicamente la puesta en práctica de una observación naturalista encubierta, es decir, desde el anonimato, ponen de manifiesto de una parte, la desigualdad de género que encierra el uso del espacio público traducida en la imposibilidad de disfrutar a plenitud de cualquier lugar, de transitarlo y practicarlo sin más, sin disimulos ni camuflajes impuestos, sino como se nos antoje: en soledad, a la deriva, acompañadas, durante el día, la noche, en fin... Y de otra, la dificultad para aproximarnos a la naturaleza inestable de lo público a través de instrumentos que deben ajustarse sobre la marcha a los vericuetos y vaivenes de la realidad.

3. Un parque y muchos lugares

El parque Les Planes ubicado en la ciudad de Hospitalet de Llobregat, fue construido sobre un territorio que había sido ocupado a lo largo de casi todo el siglo XX por varias industrias; posee una extensión de 10 hectáreas y fue inaugurado en 1986 pero su última fase sólo en 1995. Su situación en una de las zonas de más alta concentración urbana de Hospitalet de Llobregat, la correspondiente a los barrios La Florida, Can Serra, Les Planes, Pubilla Casas y Sant Josep, le convierte en una isla que permite desarrollar diversas actividades lúdicas y recreativas (ver figura 1).

La cotidianidad de este parque está enmarcada dentro de los lineamientos de lo público: espacio abierto a múltiples posibilidades y por ello mismo, a la especulación de usos y prácticas en todo el sentido de la palabra; pero también lugar de visibilidades, de copresencias y hasta de cierto anonimato. Lo otro, es que el parque como “espacio organizado” ha sido pensado para ciertos usos específicos manifiestos en su misma estructura, en su diseño que prioriza algunas prácticas insertas dentro de la recreación y esparcimiento, es decir, ha sido esbozado como mecanismo mediante el cual es factible la administración del ocio de manera regularizada. Y esa regularización se palpa en la constitución de los elementos materiales relacionados con las ideas de recreación desde la práctica deportiva y la contemplación del paisaje.

Las maneras de hacer que se desarrollan en el parque y que indican sus múltiples usos están determinadas por el carácter de elementos como el tiempo (cronológico y climático), los participantes (actores) y por las opciones que brinda el parque en sí (el escenario y su decorado). En el primer caso es distinta la forma como funciona el parque si es de noche o de día, si llueve o hace sol, si se está en invierno o en verano. En el segundo caso, los actores participan de forma diferente en cada

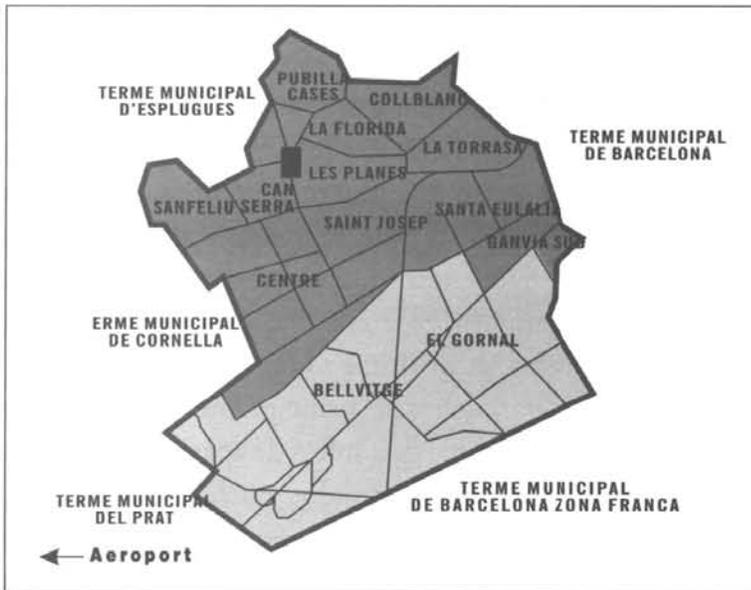


Figura 1.
La zona oscura corresponde a la ubicación del parque en la ciudad de Hospitalet de Llobregat -Barcelona.

uno de los eventos y microeventos que allí tienen lugar dependiendo del sexo y la edad: si son mujeres u hombres o mayores hacen una cosa, si son jóvenes y niños otra; y en el último caso, la misma conformación física del parque, su ubicación y disposición geográfica, y hasta su diseño, dan una serie de pistas para aprehender los movimientos vitales ambiguos y diversos que allí emergen diariamente.

3.1 Lugar de recreación

Como escenario para la práctica deportiva, el parque cuenta con una cancha de fútbol situada en su zona central, campos de voleibol y vías por donde se puede caminar o pasear; además posee zonas infantiles aceptablemente equipadas que permanecen muy ocupadas durante los días de sol. Pese a contar con esas áreas no se percibe un gran movimiento deportivo allí a no ser por los partidos de fútbol que se juegan especialmente los fines de semana y que atraen a muchas personas tanto dentro como fuera del campo, lo cual permite el desarrollo de fenómenos sociales que tienen que ver con las interacciones esporádicas, y con encuentros espontáneos con extraños que posibilitan el diálogo

fugaz, las miradas cómplices o los gestos ambiguos.

Aparte del fútbol, el paseo y la caminata se constituyen en actividades cotidianas. La caminata tiene un sentido puramente de ejercicio físico y se reconoce por la apariencia y disposición de los cuerpos. Observar a estas personas es ver "a las unidades vehiculares" de las que habla Goffman (1979:25) en acción, ya no en el ajetreo de la calle sino en la apacibilidad de un parque.

El paseo, al contrario, no es un mero ejercicio físico sino una de las maneras más frecuentes de vivir los espacios, aunque está condicionado al factor climático y a los fenómenos atmosféricos que produce. El clima es un elemento de importancia dentro de la vida cotidiana, puesto que determina el marco de los haceres y las prácticas y constituye en sí mismo un ambiente productor de sentidos; está indefectiblemente ligado a lo sensorial, a los olores, a las imágenes. En términos generales "el clima permite comprender al caminante y habitante" de un espacio puesto que, como lo plantea Augoyard (1979:112-119) "involucra todo momento

de la vida cotidiana donde ella es el cielo, el horizonte”, y al mismo tiempo nos indica cierta cualificación “de estilos de estar dentro de un espacio, de habitar”.

Los perfiles generales del paseante están determinados por dos cosas: el sexo y la edad, que a su vez señalan la modalidad en solitario o en compañía. El paseo solitario casi siempre es practicado por hombres —adultos o mayores— que por lo regular prefieren la parte baja del parque donde las condiciones del terreno son menos duras y está mejor dispuesto a las tendencias climáticas. Esta modalidad de paseo es escasa entre las mujeres. El paseo en compañía, al contrario, lo realizan tanto grupos de hombres como de mujeres, o de ambos inclusive.

3.2 Lugar de encuentro

Goffman (1979: 86-87) habla de tres circunstancias o de “razones austeras o no ceremoniales” en las que se puede producir un encuentro o interacción personal: la realización de una actividad que obliga a los participantes a ponerse en contacto; cuando las partes en relación utilizan de forma independiente pero simultánea las mismas calles, etc., o cuando se encuentran y participan en la misma actividad; y por último, puede producirse porque el objetivo abierto y controlado de una de las partes o de ambas, es celebrar el ritual de apoyo.

Desde esta perspectiva se perfilan diferentes tipos de encuentro o de contacto personal en el sentido goffmaniano: los intencionados donde las partes a interactuar definen los términos del mismo, su tiempo y espacio; los no intencionados que son guiados por el azar (en ambos casos se supone un nivel de conocimiento mutuo entre sus protagonistas) y los que

ocurren entre desconocidos que comparten simultánea y efímeramente un lugar.

En el parque en estudio se descubrieron algunas de esas interacciones o contactos personales entre distintos grupos de hombres que se reúnen allí con cierta frecuencia: de mayores cuya actividad es asolear pájaros y conversar con los demás en las distintas zonas donde permanecen varias horas, principalmente durante la mañana; de adultos de apariencia un tanto marginal situados en la parte alta del parque; de jóvenes entre los 12 y 16 años que se ubican en la parte baja junto a la avenida Isabel la Católica; y un grupo, este sí conformado por chicos y chicas, que se juntan en un costado del aparcamiento.

Es importante destacar que cada uno de esos grupos ha hecho suyo un territorio específico y lo ha demarcado claramente. Cuando están reunidos, las personas que transitan cerca los miran con desconfianza pues existe una disposición de los cuerpos, de las miradas, del entorno específico creado, que produce la sensación de privacidad, de que ese sitio tiene “dueño”. Ahí se percibe un fenómeno de apropiación del espacio cuyos límites son demarcados en el momento de la interacción, mediante la posición corporal, los gestos, el lenguaje y la ubicación de objetos señaladores que cumplen la función de prolongar esa apropiación más allá de las prácticas sincrónicas de los individuos pertenecientes al grupo.

Se percibe, además, una apropiación espacial a través de la constante frecuentación, y de los múltiples usos, puesto que como dice Augoyard (1979:20) “*la calidad de apropiación de un espacio no depende de la cantidad de espacio parcelado, ni de la inmutabilidad de los límites territoriales más que del grado de posibilidades que encierra*”;

pero también esta apropiación se traduce en las disposiciones corporales desplegadas en esos lugares, acompañadas siempre de algunos objetos al mismo tiempo identificatorios y señaladores de límites espaciales.

De otra parte, los parques remiten, por antonomasia, a senderos plácidos, a árboles y rincones donde es posible cierto nivel de privacidad, de intimidad; por ello es uno de los lugares preferidos por los seres “intersticiales”, por personas que suelen convertirse en individuos fronterizos como lo son en efecto, entre otros, los enamorados, los extranjeros, los marginales...

El parque en estudio es un lugar habitado por múltiples seres: por enamorados escondidos tras los árboles, sentados en bancos estratégicamente situados fuera de las miradas de los curiosos o como bultos nocturnos que se deslizan sobre el césped; por extranjeros que han hecho de sus espacios un lugar de encuentro a través de la práctica de alguna actividad deportiva (colectivo de hombres y mujeres jóvenes con su música, su risa, su lejanía); por hombres solitarios tendidos en algún banco; por familias con hijos pequeños; por grupos de chicos sentados en el césped formando círculos con sus cuerpos y sus conversaciones en lenguas diversas; por seres solitarios que deambulan con sus perros...

Además de los encuentros, en cierta medida programados en la costumbre, hay otros que están dentro de la esfera del azar: contactos que suelen ocurrir entre conocidos pero aparentemente de manera accidental y contactos efímeros entre desconocidos señaladores de la naturaleza pública del parque.

3.3 Lugar de paso, lugar de tránsito

Dice Joseph (1988: 31) que tres son las experiencias que sustentan “*la estética del espacio público aprehensibles por percepciones y metáforas: experiencia del emigrante, experiencia de la conversación, experiencia de la copresencia y el tráfico*” y desde esa perspectiva el parque Les Planes encaja dentro de lo público no por denominación sino por su naturaleza plural en la cual son posibles las dimensiones señaladas. De algunas ya se ha hablado en apartados anteriores puesto que van implícitas en las interacciones del encuentro, en las prácticas del paseo o la contemplación, en las cuales estaría no solo la conversación, la copresencia sino también la vivencia del emigrante como ser frágil y lábil lector de indicios y huellas. Faltaría sin embargo, hablar sobre el tráfico como parte fundamental de la estética pública desde lo literal y lo metafórico, relacionada también con algunos de los aspectos antes señalados.

Para desvelar el carácter “transitivo” del parque Les Planes es menester puntuar acerca de algunos aspectos relacionados con su carácter fronterizo ambivalente. Por un lado es el límite de cinco zonas definidas de la ciudad, “la barrera” que separa y que en cierta medida forma terminales muertas para la mayoría de los usuarios especialmente durante la noche; pero al mismo tiempo esa condición se ha aprovechado para unir el parque a las calles contiguas, es decir, para anudar los barrios de su entorno de tal suerte que sus calles parecen prolongarse dentro del parque. Desde esa perspectiva cumple una función de puente de comunicación a la manera de Rayuela como se muestra en la siguiente figura:



Figura 2.
El parque, sus vías y los sectores aledaños.
Fuente: Parques Metropolitanos. Dirección de Servicios del Espacio Público de Barcelona.

Es posible decir, entonces, que este parque tiene un carácter diferente: por un lado es un sitio de llegada, es decir “un lugar” y por el otro, es un espacio de tráfico, de tránsito; desde esa perspectiva sería un “no lugar”, a la manera planteada por Certeau (1996:115). En el primer caso se convierte en un sitio a donde se “va” a pasar el tiempo, a recrearse de distintas formas, y como tal señala unas prácticas de su espacio signadas por las vivencias de sus habitantes, por sus preferencias y apropiaciones sobre la marcha o con cierto nivel de fijación de sus territorios, en cuyo seno, como lo plantea Javeau (2000:172) “*las situaciones ‘arenas físicas’ que sirven de localización y escenario, constituyen ‘marcas’ en el recorrido de la existencia cotidiana*”. En el segundo caso, el parque se convierte en mera especulación, en ámbito de pasajes, en camino a través del cual es

La noche, en términos generales, constituye otro paisaje, se personifica en cada uno de los elementos del parque para indicar a nuestros sentidos múltiples percepciones relacionadas casi siempre con el peligro, con el temor, y traducidas en el escaso tránsito por ese lugar.

posible llegar a algún lado o a ninguno; en calle habitada por transeúntes que van y vienen con rapidez y que en ese trasegar deben emitir señales y leer otras para desplazarse con cierto grado de seguridad. Simples actores preparados para su función de “traficantes” con un papel esbozado en sus accesorios, en el decorado personal que atraviesa el escenario velozmente. En ese sentido, el parque no es más que un lugar por donde se pasa...

3.4 La noche en el parque: ¿lugar de miedo?

La noche produce una ambigüedad afectiva, manifiesta en las distintas sensaciones que origina y que se entrecruzan para constituir las atmósferas urbanas del miedo, la inseguridad, la desazón, características de ciertos lugares. En la imaginación, el ciclo noche/día está carga-

do de múltiples sentidos, es polisémico, puesto que genera un cúmulo de sensibilidades contradictorias reguladoras de la vida cotidiana y por ende, de las prácticas en los espacios públicos. El día, por ejemplo, se asocia con lo claro, lo transparente, lo visible y por lo tanto a lo conocido y a los contenidos sensoriales que produce. La noche, al contrario, como se ha señalado arriba, se relaciona con lo desconocido, lo misterioso y por lo tanto genera una serie de vivencias sensoriales relacionadas con el temor, la inseguridad, el peligro.

Esa “pulsión maléfica de lo nocturno” produce una relación singular entre el habitante de la ciudad y sus espacios públicos que se manifiesta en las diversas formas de concebirlo y practicarlo, no exentas de miradas ambiguas y contradictorias, como en una relación de amor-odio/, confianza/miedo, conocido/desconocido. Por ello, algunos parques o calles que de día suelen parecer tranquilos y apacibles, adecuados para la experiencia general, de noche se constituyen en lugares nada agradables por el peligro real o imaginario que significan para sus potenciales visitantes o transeúntes. Se convierten en lugares fronterizos señaladores de otros recorridos y prácticas, que responde a la naturaleza de sus personajes, habitantes “oscuros” cuyos perfiles hacen parte del paisaje de las sombras.

Cuando hablo del habitante de la ciudad y su relación con la noche y sus espacios me refiero tanto a hombres como a mujeres. Sin embargo la relación no es idéntica para ambos sexos puesto que si bien es cierto que algunos lugares suelen ser o generar ideas de peligrosidad para los dos, siempre resultan doblemente problemáticos para la mujer. Esta situación de miedo no se origina únicamente en las

características físicas de ciertos espacios asociadas a lo seguro e inseguro y traducidas en la configuración mental que se tiene de las distintas zonas de la ciudad, sino también en la instauración de ese temor atávico, anclado en la socialización femenina que condiciona sus tránsitos nocturnos por cualquier espacio.

Es decir, el miedo femenino a trasegar ciertos espacios no deviene en últimas de la configuración de éstos, sino de su profunda instalación a través de mecanismos socializadores desde la misma infancia. La noche se constituye a sí misma en el tiempo y el lugar del peligro real o infundado, que se acrecienta en los espacios públicos donde, retomando las palabras de T. Del Valle (1998: 222), se “*desvanece la identidad personal para pasar a ser un mero objeto de agresión*”. Desde ese punto de vista las mujeres son los transeúntes anónimos más expuestos a la intemperie en todo el sentido de la palabra, intemperie donde los otros, los hombres, se constituyen en los potenciales agresores.

La noche, en términos generales, constituye otro paisaje, se personifica en cada uno de los elementos del parque para indicar a nuestros sentidos múltiples percepciones relacionadas casi siempre con el peligro, con el temor, y traducidas en el escaso tránsito por ese lugar.

Sin embargo, cuando se atraviesa el parque así sea velozmente se tiene la sensación de que hay mucha vida agazapada en sus sombras. De hecho durante una de las observaciones se pudo percibir la presencia de figuras, ora entre los árboles, ora sentados en el césped o en los bancos semiocultos. ¿Qué tipo de persona frecuenta el parque a esas horas y qué hace ahí? Pregunta difícil de responder con exactitud sólo a través de unas cuantas

impresiones; no obstante podría inferirse la condición de esos seres inmersos quizá en el mundo de la no-posibilidad, es decir, en el de los desheredados, de los eternos migrantes de esperanzas. Pero así como hay sombras y perfiles indeterminados existen otros que se pueden esclarecer a simple mirada: los amantes semiocultos en algún banco o como simples bultos movedizos sobre el césped.

La noche transforma el parque en otro escenario, lo convierte en un espacio de sugerencias, de sensaciones relacionadas con el peligro real o imaginario que puede albergar. Deja de ser el lugar de la

apacibilidad, de lo conocido para transformarse en territorio de la incertidumbre donde la cosa más trivial adquiere nuevas dimensiones, nuevos sentidos; se convierte en foco de estímulos e imágenes vertebradas o confundidas en la penumbra de sus rincones: la noche es presencia, personaje principal de todas las representaciones que allí ocurren, marco y acción a la vez.



Bibliografía

- ARANTES, Antonio. "La guerra de los lugares: Fronteras simbólicas y umbrales en el espacio público", en: *Ciudad y cultura. Memoria, identidad y comunicación*. Medellín: Universidad de Antioquia. 1997.
- ARENDT, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Ed. Paidós. 1998.
- AUGOYARD, J.F. *Pas a pas*. París: Ed. Seuil. 1979.
- BLUMER, Herbert. *El interaccionismo simbólico. Perspectivas y metodología*. Barcelona: Hora S. A.
- BUXÓ I REY, María Jesús. "A walk through identity in the gardens of Catalonia", in *Iberian Cities*. New York and London: Routledge, Hispanic Issues, Volume 24. 2001.
- CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. México D.F.: Universidad Iberoamericana. 1996.
- COULON, Alain. *La etnometodología*. Madrid: Ed. Cátedra. 1988.
- DELGADO RUIZ, Manuel. *El animal público*. Barcelona: Ed. Anagrama. 1999.
- _____. "Género y ambigüedad en espacios urbanos". Inédito, Universidad de Barcelona. 2001.
- DEL VALLE, Teresa. *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*. Madrid: Cátedra. 1997.
- _____. "Procesos de la memoria: cronotopos genéricos". *ÁREAS Revista de Ciencias Sociales*, No. 19. 1998.
- _____. "La construcción del espacio en Donostia y Bilbao y las desigualdades de género (1)". *KOBIE*, No. VII, 1994-1996.
- GOFFMAN, Erving. *Relaciones en público*. Madrid: Alianza Editorial. 1999.

- _____. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu. 1959.
- JACOBS, Jane. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Barcelona: Ed. Península. 1973.
- JAVEAU, Claude. "Lugares de memoria individuales y estructuración de las interacciones: acerca de los síndromes de Lamartine y Proust, en: *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*. Barcelona: Anthropos. 2000.
- JOSEPH, Isaac. *Retomar la ciudad. El espacio como lugar de la acción*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. 1999.
- _____. *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa. 1999.
- _____. *El transeúnte y el espacio urbano*. Buenos Aires: Gedisa. 1988.
- LEE, John; WATSON, Rodney. "Regards et habitudes de passants", en: *Les annales de la recherche urbaine*, No. 57-58. 1992.
- LEFEBVRE, Henri. *La production de l'espace*. París: 2eme édition, Anthropos. 1981.
- LINCOLN, Ryave; SCHENKEIN, James. "Notes on the art of walking", en: *Etnomethodology*, R. Turner, Ed. Penguin. 1974.
- LINDON, Alicia. *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos. 2000.
- LOFLAND, John. *Analyzing Social Settings. A guide to qualitative observation and analysis*. California: Wadsworth Publishing. 1971.
- LOFLAND, Lyn. *A world of strangers, order and action in urban public space*. USA: Waveland Press. 1985.
- MOLES, A.; ROHMER, E. *Micropsicología y vida cotidiana*. México: Trillas, 1983.
- _____. *Psicología del espacio*. Madrid: Ed. Ricardo Aguilera, 1972.
- PARK, Robert E. *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Sebal. 1999.
- PETONNET, Colette. "L'observation flottante. El exemple d'un cimetière parisien" en: *L'homme*. XXII, 1982.
- PONTE, Alessandra. "Public parks in Great Britain and the United States: From a 'spirit of the place' to a 'spirit of civilitation'", en *The Architecture of Western gardens*, edited by Monique Mosser and Georges Teyssot. London: MIT Press Edition, 1991.
- QUÉRÉ, Louis, BREZGER, Dietrich. "L' étrangeté mutuelle des passants. Le mode de coexistence du public urbain. En: *Les Annales de la recherche urbaine*, No. 57-58.
- SIMMEL, Georg. *El individuo y la Libertad*. Barcelona: 2da. ed., Península, 1998.
- TEYSSOT, Georges. "The eclectic garden and the imitation of nature", en: *The architecture of western gardens*. London: MIT Press Edition, 1991.
- WEBER, Max. *La Ciudad*. Madrid: Ed. La Piqueta, 1987.
- WEEB *et al.* *Inobtrusive measures*. California: Sage publications INC., 2000.
- WIRTH, Louis. "El urbanismo como forma de vida", en Fernández Martorell, M. *Leer la ciudad*. Barcelona, Icaria. 1988.